

el conchero intenta entender y vencer conquistándose a sí mismo. Unir el yo dividido, disperso en la dualidad, y salir del laberinto interno materializado por una cruz interna es la meta final del danzante. El laberinto interno de la cruz representa sus miedos, confusiones, conflictos, falta de voluntad y de fuerza interna, desesperación, angustia, negatividad, destrucción. En la mitología náhuatl, este estado de ánimo está simbolizado por dos peñascos que se juntan e impiden el paso al caminante: es una de las pruebas que pasa el alma del difunto antes de llegar al Mictlán. Misma prueba que tiene que superar el héroe griego Odiseo antes de llegar a Ítaca.

Los dos cerros que chocan entre sí representan la dualidad, la doble dimensión que hay que trascender. El mismo dios supremo de la mitología náhuatl es uno, pero es dual; Ometéotl, conciente de su desdoblamiento, se convierte en el señor dual Ometecuhtli y la señora de la dualidad Omecíhuatl. Para entenderse a sí mismo se exterioriza y manifiesta como cuaternidad, los cuatro Tezcatlipoca: Quetzalcóatl, Tláloc, Huitzilopochtli y Tezcatlipoca Negro. Esta dualidad masculino-femenina se simboliza en la danza con el personaje llamado Maringuilla, hombre que se viste de mujer evocando la plenitud primordial del hombre arcaico que, como los grandes chamanes (guías espirituales), reconcilia dentro de sí mismo el aparente contrario masculino-femenino. En la danza también aparece el personaje de “la muerte”, como recordatorio de que la vida la contiene necesariamente y de que estamos de paso en la tierra, “no para siempre, sólo un poco aquí”, como dicen los poetas nahuas. “Toma tu cruz, hombre y vamos” significa que el danzante asume la responsabilidad de cargar la